

Enrique Molina

Trigésimo aniversario de la Universidad de Concepción (1)



TENGO la satisfacción de hacer uso de la palabra en este aniversario de nuestra Universidad, aniversario confortante y lleno de promesas. Cumple treinta años. Dos años antes se había organizado el Comité Pro-Universidad y Hospital Clínico de Concepción. Estas aspiraciones, que entonces parecían quimeras, son hoy hermosas realidades, sujetas, por supuesto, a perfeccionamiento. La construcción del Hospital Clínico fué posible por la existencia de la Universidad. Para los que hemos trabajado en ella desde su fundación es muy grato, en una ocasión como esta, echar una mirada sobre el camino recorrido o, por lo menos, evocar el punto de partida y considerar la situación a que hemos llegado. Podemos contemplar complacidos los progresos lleva-

(1) Discurso pronunciado el 9 de mayo en el acto conmemorativo celebrado en el Teatro de la Universidad.

dos a cabo. Nació la Universidad en cuna más desamparada que el salvador del mundo: en pequeñas y sórdidas casas que para el efecto eran cual modestos pesebres. Carente por completo de recursos financieros. Los personajes bíblicos que alentaron su precaria existencia fueron sus fundadores—creadores de sueños, idealistas y temerarios—a quienes se debe recordar, rindiendo homenaje a su valor y a su visión del porvenir. Evocando los nombres de los ausentes recordamos con gratitud y admiración a Augusto Rivera Parga, al doctor Virginio Gómez, a Luis David Cruz Ocampo, a Carlos Soto Ayala, a Samuel Guzmán García. De esos esforzados iniciadores han fallecido Aurelio Lamas Benavente, Edmundo Larenas, Abraham Valenzuela Torrealba, Carlos Roberto Elgueta, Alberto Coddou, Federico Espinosa, Eliseo Salas, Esteban Iturra, Pedro Villa Novoa y Desiderio González. Entre los que de aquel momento seguimos en la brecha universitaria deben destacarse los nombres del actual vice-presidente don Julio Parada Benavente, del doctor Guillermo Grant Benavente, director y profesor de la Escuela de Medicina, de don Salvador Gálvez, director y profesor de la Escuela de Ingeniería Química y de los profesores señores Arturo Gigoux y Humberto Vergara.

Fuera de los nombrados, eminentes y muy abnegados servidores ha tenido la Universidad, que no alcanzaron a figurar entre los labradores de sus cimientos. Debo limitarme a recordar a los que ya no exis-

ten: Al Dr. Alcibiades Santa Cruz, a Ernesto Mahuzier, a Arpelices Morales, a Luis Urrutia Manzano.

Hace treinta años el número de muchachos confiados que pusieron sus destinos en manos de la flamante e insegura Universidad penquista llegaba apenas a un ciento. Hoy los alumnos de nuestras diversas escuelas suman más de mil trescientos. Las estrechas e incófortables casas de los primeros años han sido reemplazadas por una magnífica Ciudad Universitaria, única en su género en nuestro país y tal vez única también en la América Española, si no contamos la que se ha estado construyendo en Bogotá. Con lo dicho no queremos insinuar ninguna opinión sobre el volumen y la importancia misma de nuestra Universidad en comparación con las demás del continente. A principios del año próximo se terminará el pabellón de la Facultad de Medicina, cuya obra gruesa se encuentra ya concluida. En el presente año se iniciará el Hogar de Estudiantes. Con todo lo cual la Ciudad Universitaria quedará bastante adelantada en su crecimiento. Según cálculos muy castigados, ella representa un valor de más de sesenta millones de pesos. Asimismo las instalaciones, mobiliario, gabinetes y bibliotecas alcanzan un valor que sobrepasa los veinte millones de pesos. En bonos la Universidad posee unos diecisiete millones. Estas cantidades pueden ser satisfactorias como índices del camino recorrido; pero no bastan para afirmar que la Universidad sea rica. Al contrario, para funcionar bien y hacer cuanto sus directores y profesos-

res quisieran en el sentido de su progreso, vive en estado de constante penuria. Es verdad que la Biblioteca Central, por su organización y lo completo de sus existencias de libros y revistas es un departamento ejemplar que contribuye poderosamente a elevar el nivel cultural de nuestra población. Las revistas universitarias «Atenea» y la «Revista de Derecho», mantienen su bien conquistado prestigio en el país y en América, donde figuran entre las mejores de sus respectivos géneros. «Atenea» ha enterado el presente año el cuarto de siglo, único caso entre nosotros de larga duración de una revista de carácter no oficial. Me es grato recordar en este momento que nuestra bien reputada Escuela de Medicina cumple, de igual modo, un cuarto de siglo en el presente mes. Altamente estimado también en los círculos científicos americanos y europeos es el Boletín de la Sociedad de Biología, que sale a luz con subsidios de la Universidad.

Los laboratorios de los diversos institutos científicos corresponden en forma regular a las labores docentes y de investigación que les están encomendadas; pero los profesores se quejan, ciertamente con razón, de que adolecen de graves deficiencias. Es sabido que la Universidad es propietaria de dos fundos en las inmediaciones de la ciudad, pero no ha podido crear todavía una Facultad de Agronomía con su escuela correspondiente. El director del Departamento Agrícola, señor Alfredo Wolnitzky, trata de suplir en parte con su entusiasmo y actividad la ausencia de una enseñanza

agrícola organizada. La Universidad ha fomentado los deportes y lo ha hecho de manera espléndida construyendo para su práctica una casa especial; pero tampoco ha podido organizar hasta ahora, sistemáticamente, la educación física. Fuera de haber restaurado su teatro dejándolo en muy buenas condiciones y de subvencionar a la Sociedad de Arte, muy poco ha podido hacer hasta ahora la Universidad en favor de las bellas artes. Escuelas de arquitectura, de pintura, escultura y música son todavía sólo perspectivas para realizaciones futuras. Habría que agregar todavía que la misma mayor afluencia de alumnos está creando el problema de la estrechez de los edificios universitarios, aunque fueron construídos con toda la amplitud imaginable.

En la falta de recursos radica la causa esencial de las deficiencias que hemos anotado y de otra que nos queda por apuntar y que pronto señalaremos.

No obstante estas angustias económicas, la Universidad, cada vez que ha sido necesario, ha ido a buscar profesores de prestigio en las universidades europeas para que vengan a servir en sus institutos. Así es como están entregados desde cerca de veinte años a fructíferas labores docentes y de investigación científica en la Escuela de Medicina, los doctores Ernesto Herzog y Carlos Henckel. En la misma Escuela trabajó entre nosotros, hasta su fallecimiento, el distinguido profesor contratado en Italia doctor Agustín Castelli. Hace poco tiempo fué contratado en Francia, para la cátedra de Metalurgia de la Escuela de Ingeniería Quí-

mica, el profesor Juan Paidassi, que ha venido a poner su asignatura en el nivel de eficiencia que corresponde a las nuevas perspectivas industriales de Concepción. Contratados en Italia han llegado en el presente año, con destino a la misma Escuela recién nombrada, el profesor Antonio Camurri para Mecánica Racional, y para Física el profesor Leopoldo Muzzio-
li, que en su anterior estada entre nosotros se había conquistado ya afecto y un sólido prestigio.

Nuestra Institución, aunque sobradamente lo merece, no ha sido objeto aún de donaciones y legados de parte de personas o sociedades acaudaladas. Esta generosa actitud es frecuente en los Estados Unidos de Norte América y a ella se debe principalmente la prosperidad y el esplendor en que viven la mayor parte de las universidades particulares de ese gran país. Nuestra Universidad ha dado pruebas de poseer las dos condiciones que me parecen fundamentales para inspirar confianza a un benefactor. Una de ellas es la severidad y honradez con que se manejan sus caudales; la otra su amplio y elevado espíritu de tolerancia. Este acaba de tener una brillante y honrosa consagración. En las recientes elecciones parlamentarias han sido elegidos diputados en nuestra circunscripción tres distinguidos profesores de nuestra Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales pertenecientes a los tres grandes partidos históricos de Chile: uno es liberal, otro radical y otro conservador. No cabe una prueba más elocuente de la forma amplia y atenta sólo a los méritos en que

los cuerpos directivos de la Universidad designan el profesorado.

La Universidad, no obstante las garantías que la acreditan, no ha contado todavía con benefactores que le proporcionen fondos para crear cursos, fomentar laboratorios, hacer construcciones, incrementar bibliotecas. Los que ha tenido, que son pocos y de los cuales estamos muy agradecidos, han preferido instituir premios para los mejores alumnos. Sus nombres los escucharéis en la repartición que pronto se ha de verificar. Ellos vienen a engrosar el volumen de los instituidos por la Universidad misma, a aumentar los estímulos para ayudar a la juventud en su dificultosa marcha hacia adelante. Ningún momento más adecuado que el día de la Universidad para discernir estas recompensas. Jóvenes agraciados con ellas, me complazco en felicitaros cariñosamente por vuestro triunfo, recibidlas como un merecido galardón a vuestros esfuerzos, y, sobre todo, conservad vivo su recuerdo para que en las horas de amarguras, desalientos o desesperanza que nunca faltan, os traigan algún bálsamo y sirvan así de buenos consejeros.

Desde el año próximo figurará también entre esas recompensas el premio instituido por el Directorio de la Universidad a la mejor monografía que presenten alumnos del último curso de las escuelas universitarias sobre *Ética Profesional*. Premio que llevará el nombre de Desiderio González Medina, fundador y primer gerente de la Lotería, cuyo reciente fallecimiento ha

tenido que deplorar la Universidad. Ha querido el Directorio rendir de esta suerte un homenaje a las superiores prendas de carácter, rectitud y honradez que adornaban al señor González y dejar en el alma de los egresados de la Universidad, impresa la importancia de la ética para la vida y para el ejercicio de la profesión.

Cuanto acabamos de expresar cabe como parte esencial dentro de esa incumbencia de la Universidad, que es la acertada formación de la juventud oyendo los dictados de una clara y sólida orientación espiritual. Pero las universidades son muy principalmente establecimientos de educación especializada y para obtener aquella orientación superando las insuficiencias de la especialización desde el punto de vista de la cultura general, nada mejor que el cultivo de la filosofía. Por esto y por su valor intrínseco no deja esta disciplina de ocupar un lugar de importancia céntrica en todas las grandes universidades. En nuestra organización la filosofía figura entre aquellas creaciones del espíritu que no han sido todavía objeto de una atención preferente. Nuestra Universidad, fuera de preparar a la juventud para el ejercicio de las profesiones tradicionales, obedeciendo al imperativo del momento histórico que vivimos, cuyo acento lo pone en la busca del progreso técnico e industrial, ha dedicado particular interés y lo que ha podido de sus recursos a cooperar en el adelanto económico del país. En cuanto a filosofía funciona un curso libre de ella. Con cierta imprecisión

podríamos hablar de la filosofía que inspira el buen ambiente universitario y cuida de la existencia de una sana cordialidad en las relaciones de los estudiantes y la de cordialidad y justicia en las de profesores y alumnos. Confío en que lo que acabo de decir ha de estar ya en el alma de los jóvenes que han vuelto este año a continuar sus estudios en nuestras aulas y les ruego lo tengan presente a los que vienen por primera vez. A unos y a otros me complazco en expresarles la más calurosa y cordial bienvenida. No debo dejar de declarar aquí que a nuestra Universidad la anima un alto espíritu americanista y que a los jóvenes que acuden a sus aulas, de las vecinas repúblicas hermanas, los ama y considera como hijos de la tierra chilena.

También llegan a este ambiente las ideas y ambiciones que agitan a los hombres y en él se depuran para ser objeto de estudios tranquilos. De las dos grandes corrientes que actualmente se enfrentan en el mundo, democracia y totalitarismo, escasos valores superiores cabe encontrar en las diversas formas de este último, menos aún en la secta comunista, salvo si se quiere ver valor espiritual en el fanatismo con que suelen abrazarlo sus secuaces. La democracia, en cambio, con todos los defectos que aun la mancillan en la práctica, es la mejor forma de gobierno ideada por el hombre y lleva en sus banderas el reconocimiento de los más esenciales valores humanos. No sojuzga el individuo al Estado, sino que garantiza su libertad para que ejercitándola en armonía con el interés social, o sea con res-

ponsabilidad y disciplina, trabaje por sus propio bienestar y luche por el bienestar común y el triunfo de la justicia. De esta suerte procura a la vez las más adecuadas condiciones para el mejor desarrollo posible de la personalidad.

Pero los ideales de la democracia suelen no aquietar todas las inquietudes del alma humana. Quedan las interrogaciones de lo trascendente a que sólo cabe que respondan—y no siempre en forma completamente satisfactoria—la religión y la filosofía. Empeora la situación el hecho de que hay tanto ser, particularmente en la juventud, que en su desamparo ideológico muestra cierta preferencia para tomar como guías a genios enfermizos, neuróticos o desequilibrados. De muchas de sus enseñanzas proviene que los hombres continúen desorientados y desolados y vivan devorándose o acechándose como lobos por una tajada de suelo o por otros bienes terrenales, dejando de ver que sin la paz, cuya esencia es la paz del alma, dirigida por principios superiores de orden espiritual, tanto afán sólo conduce al dolor y que aún el triunfo será únicamente una embriaguez pasajera. Así, en una vida sin sentido espiritual, la cultura, la civilización y el progreso quedan reducidos a mejoramientos materiales y, a menudo, a movimientos desatentados, cuando no locos, delictuosos y viciosos.

Necesitamos una filosofía que, sin optimismos ingenuos, sea sustentadora de la vida, sea luz y camino para mejor vida. Filosofía que, aun del misterio indes-

cifrable que nos rodea, sepa hacer fuente inspiradora de bondad, fuente inspiradora de valor. Al lado de los templos en que se adora directamente a Dios las universidades son como santuarios en que se busca, se adora y se colabora en la obra de creación de Dios por medio de las lucubraciones del pensar especulativo, por las investigaciones científicas y técnicas, contribuyendo al adelanto material, fomentando las letras y las artes y por medio del cordial cultivo de las virtudes humanas y cívicas.

Esta sana filosofía se halla latente en el corazón de nuestra Casa y en tiempo no lejano ha de ser objeto de estudios sistemáticos y ampliaciones en el Instituto de Filosofía y Letras que se ha de crear.

En este día de cumpleaños me imagino que hubiéramos venido ante el ara de nuestra Universidad a formular votos por su porvenir. Así sea. Formulémoslos. Que nuestro amor e interés velen siempre por su magnífica alma juvenil y que otro tanto hagan los que vengan después de nosotros, a fin de que sin apartarse de las sobrias virtudes que la han inspirado hasta ahora, continúe sin tropiezos en su espléndido desarrollo para bien de la patria y para la realización de los superiores destinos humanos.